
1

La mujer entró silenciosamente en el desierto *campo*. Tenía a su izquierda las ventanas enrejadas de un banco, vacío y sumido en el sueño profundo de las primeras horas de la madrugada. Cruzó hasta el centro del *campo* y se paró junto a las cadenas que rodeaban el monumento a Daniele Manin, que había sacrificado su vida por la libertad de la ciudad. «Qué adecuado», pensó.

Oyó ruido a su izquierda y al volverse sólo vio a un guardia de San Marco, acompañado de su pastor alemán. El animal, que caminaba pausadamente con la boca abierta, parecía muy joven y muy amistoso para suponer una amenaza para los ladrones. Si al guardia le extrañó ver a una mujer de mediana edad sola en medio de *campo* Manin a las tres y cuarto de la madrugada, no lo demostró, y siguió insertando rectángulos de papel color naranja en los marcos de las puertas y cerca de las cerraduras de las tiendas, en prueba de que había hecho la ronda sin observar anomalías en los locales.

Cuando el guardia y su perro se alejaron, la mujer

se apartó del monumento, fue hacia el fondo de la plaza y se detuvo frente a un gran escaparate. A la débil luz del interior, contempló los carteles, leyó los precios indicados para las distintas ofertas especiales, y vio que se aceptaban MasterCard, Visa y American Express. Colgada del hombro izquierdo llevaba una bolsa playera de lona azul. La mujer giró el cuerpo y el peso de lo que había en la bolsa hizo que ésta se venciera hacia adelante. La puso en el suelo, miró al interior y metió la mano derecha.

Antes de que pudiera extraer algo, la sobresaltaron unos pasos que sonaron a su espalda haciéndole sacar la mano y erguir el cuerpo rápidamente. Pero no eran más que cuatro hombres y una mujer llegados en el barco 1, con parada en Rialto a las tres y cuarto, que cruzaban el *campo* camino de distintos lugares de la ciudad. Ningu- no prestó atención a la mujer. Sus pasos se perdieron subiendo y luego bajando por el puente que conducía a la calle della Mandola.

Nuevamente, la mujer se inclinó e introdujo la mano en la bolsa. Cuando la sacó esta vez, sostenía un pedrusco que desde hacía más de diez años estaba en el escritorio de su estudio. Lo había recogido de una playa de Maine durante unas vacaciones. La piedra tenía el tamaño de un pomelo y encajaba perfectamente en su mano enguantada. La mujer la contempló, la sopesó y hasta la lanzó al aire un par de veces como la tenista que se dispone a hacer un saque. Su mirada fue de la piedra al escaparate y otra vez a la piedra.

Dio un paso atrás, situándose a unos dos metros de la luna y se volvió de perfil a ella, sin dejar de mirarla. Levantó la mano derecha a la altura y por detrás de la cabeza mientras extendía el brazo izquierdo en sentido

horizontal, buscando el equilibrio, tal como le había enseñado su hijo un verano en que se empeñó en que aprendiera a lanzar como los chicos y no como las niñas. Durante un instante, pensó que su vida, o por lo menos parte de ella, podía quedar dividida en un antes y un después de este acto, pero enseguida desechó la idea, que le pareció melodramática y pedante.

Entonces proyectó la mano hacia adelante con toda su fuerza y, al extender el brazo del todo, soltó la piedra y avanzó un paso, arrastrada por el impulso al tiempo que bajaba la cabeza, por lo que los fragmentos de vidrio le cayeron en el pelo sin causarle daño.

La piedra debió de impactar en un punto débil de la luna, porque, en lugar de producir en ella un agujero de su mismo tamaño, abrió un boquete triangular de dos metros de alto por casi otros tantos de ancho. Ella esperó hasta que dejó de oírse el sonido del vidrio al astillarse, pero no bien cesó éste, cuando del interior de la tienda brotó a la noche silenciosa el penetrante alarido en dos tonos de una alarma. La mujer se enderezó sacudiéndose distraídamente las astillas de vidrio de las solapas del abrigo y agitó la cabeza violentamente, como si acabara de emerger de una ola, para hacer caer los trozos de vidrio que sentía enredados en el pelo. Retrocedió, recogió la bolsa y se la colgó del hombro. Entonces, de pronto, notó que le flaqueaban las rodillas y se sentó en uno de los pilares que sostenían las cadenas del monumento.

En realidad, no había pensado en el tamaño del agujero, pero la sorprendió que fuera tan grande, lo bastante como para que pasara un hombre. Una telaraña de grietas se extendía hasta los cuatro ángulos de la luna que en los bordes del agujero estaba blanquecina y

opaca, aunque no por ello parecían menos peligrosas las astillas que apuntaban hacia el interior.

A su espalda, a la izquierda del banco, se encendieron luces en un último piso, y también, justo encima de la alarma que seguía aullando. Pasaba el tiempo, pero la mujer se sentía extrañamente ajena a él: lo que fuera a pasar pasaría, con independencia del tiempo que la policía tardara en llegar. Sin embargo, el ruido la molestaba. El doble balido destruía la paz de la noche. Pero entonces pensó: «Precisamente se trata de eso, de la destrucción de la paz.»

Se abrían persianas, tres cabezas se asomaron y retiraron rápidamente, se encendían más luces. Imposible dormir mientras la sirena siguiera vociferando que había crimen en la ciudad. Al cabo de unos diez minutos, dos policías llegaron corriendo al *campo*, uno con la pistola en la mano. Se acercó al escaparate destrozado y gritó por el agujero:

—Policía. Los de ahí dentro, salgan.

No pasó nada. La sirena seguía sonando.

El policía volvió a gritar y, al no recibir respuesta, miró a su compañero, que se encogió de hombros y movió la cabeza negativamente. El primer policía enfundó la pistola y dio otro paso hacia el escaparate. Encima de él, se abrió una ventana y alguien gritó:

—¡A ver si paran eso de una vez!

Otra voz iracunda rugió:

—¡Queremos dormir!

El segundo policía se acercó a su compañero y juntos atisbaron al interior. Entonces el primero levantó un pie e hizo saltar las altas estalagmitas de vidrio que se alzaban de la base del escaparate. Juntos entraron en el local y desaparecieron por una puerta del fondo. Transcu-

rrían los minutos y no pasaba nada hasta que, de pronto, en el mismo instante en que se apagaron las luces de la tienda, enmudeció la alarma.

Los policías reaparecieron en la tienda. El que iba delante llevaba ahora una linterna. Miraron en derredor, para ver si parecía faltar algo o había otros destrozos y salieron al *campo* por el escaparate. Fue entonces cuando vieron a la mujer sentada en el pilar.

El que había sacado la pistola fue hacia ella.

—¿Ha visto lo ocurrido, *signora*?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Quién ha sido?

Al oír las preguntas de su compañero, el otro policía se acercó a ellos, satisfecho de que hubieran encontrado tan pronto a un testigo. Ello les evitaría tener que llamar a puertas y hacer preguntas. Conseguirían una descripción y podrían dejar la calle esta húmeda noche de otoño para volver a la *questura* a redactar el informe.

—¿Quién ha sido? —preguntó el primero.

—Alguien ha arrojado una piedra contra el escaparate —dijo la mujer.

—¿Qué aspecto tenía el individuo?

—No era un hombre —respondió ella.

—¿Una mujer? —interrumpió el segundo policía, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle si existía otra alternativa que ella desconocía. Nada de bromas. Nada de bromas. No habría más bromas, hasta que todo esto terminara.

—Sí, una mujer.

Asaeteando con la mirada a su compañero, el primer policía prosiguió con sus preguntas:

—¿Qué aspecto tenía?

—Poco más de cuarenta años, pelo rubio hasta los hombros.

La mujer llevaba el pelo metido dentro del pañuelo del cuello, por lo que el policía aún no reaccionó.

—¿Cómo vestía? —preguntó.

—Abrigo beige y botas marrones.

Él observó el color de su abrigo y le miró los pies.

—Nada de bromas, *signora*. Queremos saber qué aspecto tenía.

Ella lo miró de frente y, a la luz de las farolas, él descubrió en sus ojos el brillo de una secreta exaltación.

—Nada de bromas, agente. Ya le he dicho cómo vestía.

—Es que se describe usted a sí misma, *signora*. —Nuevamente, la profunda aversión que siempre había sentido ella por el melodrama le impidió responder: «Tú lo has dicho», y se limitó a asentir con un movimiento de la cabeza.

—¿Ha sido usted? —preguntó el primer policía, sin disimular el asombro.

Ella volvió a asentir.

El otro policía remachó:

—¿Usted ha arrojado una piedra a ese escaparate?

Una vez más, ella movió la cabeza de arriba abajo.

Por tácito acuerdo, los dos hombres se alejaron andando hacia atrás hasta que ella no pudiera oírles, sin dejar de observarla. Juntaron las cabezas y deliberaron en voz baja. Luego, uno sacó el móvil y marcó el número de la *questura*. Encima de ellos, se abrió bruscamente una ventana y apareció una cabeza que se retiró al momento. La ventana se cerró con un golpe seco.

El policía estuvo hablando varios minutos, dio la información que tenía y dijo que ya habían detenido a

la persona responsable. Cuando el sargento de guardia les dijo que lo llevaran inmediatamente, el agente no se molestó en corregirle. Cerró el teléfono y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Dice Danieli que la llevemos —dijo a su compañero.

—¿Eso quiere decir que yo tengo que quedarme? —preguntó el otro, sin disimular la irritación que le causaba verse obligado a aguantar el frío.

—Puedes esperar dentro. Danieli llamará al dueño. Creo que vive por aquí cerca. —Dio el teléfono a su compañero—. Si no viniera, llama.

El segundo policía, tratando de poner a mal tiempo buena cara, tomó el teléfono con una sonrisa.

—Lo esperaré. Pero la próxima vez, me tocará a mí acompañar al detenido.

Su compañero asintió con una sonrisa. Restablecida la armonía, se acercaron a la mujer que durante su larga conversación había permanecido sentada en el pilar, contemplando el escaparate destrozado y los fragmentos de vidrio esparcidos en el suelo formando una especie de arco iris incoloro.

—Venga conmigo —dijo el primer policía.

En silencio, ella se levantó del pilar y empezó a andar hacia la embocadura de una estrecha calle situada a la izquierda del escaparate. Ninguno de los policías reparó en la circunstancia de que ella parecía saber por dónde se llegaba antes a la *questura*.

Diez minutos tardaron, y ninguno de los dos dijo nada durante este tiempo. Si alguna de las pocas personas que los vieron se hubiera fijado en ellos mientras cruzaban la dormida explanada de la *piazza* San Marco y la estrecha calle que conducía a San Lorenzo y la *ques-*

tura, hubiera visto a una mujer atractiva y bien vestida en compañía de un policía de uniforme. Una imagen insólita, a las cuatro de la mañana, pero quizá habían entrado ladrones en su casa o la habían llamado para que identificara a un niño fugado.

No había nadie esperando para abrirles la puerta, por lo que el policía tuvo que llamar varias veces al timbre antes de que de la sala de guardia situada a mano derecha de la entrada apareciera la cara soñolienta de un joven agente. Al verlos, se retiró, para reaparecer segundos después poniéndose la chaqueta, y abrió la puerta murmurando una disculpa.

—Nadie me ha avisado de que venías, Ruberti —dijo. El otro rechazó la disculpa con un ademán, pero luego le indicó con una seña que volviera a la cama, recordando lo que es ser nuevo en el cuerpo y estar aturcido por el sueño.

El agente llevó a la mujer al primer piso, a la oficina de los policías de uniforme. Abrió la puerta y la sostuvo cortésmente para que entrara ella. Luego la siguió y se sentó ante un escritorio. Del cajón de mano derecha sacó un grueso bloc de formularios, lo puso encima de la mesa con un golpe seco, miró a la mujer y con un ademán la invitó a sentarse en la silla que estaba frente a él.

Mientras ella se sentaba y se desabrochaba el abrigo, él relleno la parte superior del formulario con la fecha, la hora y su nombre y graduación. Al llegar a la casilla de «Delito» vaciló un momento y escribió: «Vandalismo.»

Miró a la mujer y entonces, por primera vez, la vio claramente. Le llamó la atención algo que le pareció incongruente, absurdo: en ella, todo —la ropa, el pelo y hasta la manera de sentarse— denotaba una seguridad

que sólo da el dinero, el mucho dinero. «Ojalá no esté loca», rogó en silencio.

—¿Tiene su *carta d'identità, signora*?

Ella asintió y metió la mano en la bolsa. A él no se le ocurrió ni por asomo que pudiera haber peligro en permitir que una mujer a la que acababa de arrestar por un delito de cierta violencia metiera la mano en una bolsa grande.

La mano salió de la bolsa asiendo una cartera de piel. Ella la abrió y extrajo el documento beige de identidad. Lo desdobló, le dio la vuelta y lo puso encima de la mesa, delante de él.

El policía miró la foto, vio que debía de haber sido tomada hacía años, cuando ella era todavía una auténtica belleza y leyó el nombre.

—¿Paola Brunetti? —No daba crédito a lo que veía. Ella asintió.

—¡Joder, si es usted la esposa de Brunetti!